

La Iglesia católica: nuevo estilo, mismo modelo.

BERNARDO BARRANCO V.

Para la Iglesia católica, 1996 se va a distinguir como el año de profundos cambios, tanto internos como en los términos de la relación con el gobierno. Pareció, en ciertos momentos, fracturarse la Llamada "modernización" de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, causando cierta agitación en la opinión pública. Por un lado, se confirma la conducción de una nueva generación de obispos y, por otro, aprovechando la debilidad del sistema político mexicano, la jerarquía se desembaraza de los lastres salinistas dado que, a principios de la presente década, c sectores dirigentes del clero " habían establecido acuerdos tácitos con el gobierno, coronados por los cambios constitucionales de 1992 que otorgaron a la Iglesia personalidad jurídica. El caso de monseñor Guillermo Schulenburg y el enfrentamiento entre el arzobispo Norberto Rivera con el gobierno son las expresiones más visibles de cambios profundos que experimenta la Iglesia católica mexicana en los últimos años. Más que una crisis, la institución eclesiástica, experimenta un proceso de transición y reacomodo que seguramente tendrá repercusiones en un futuro cercano en su relación con el conjunto de la sociedad. El caso de la salida de Shulenburg refleja la reconstitución interna del poder eclesiástico, y la confrontación de Norberto Rivera frente a Gobernación es un anuncio anticipado del nuevo tipo de relación que la Iglesia quiere sostener no sólo con el Estado sino con la sociedad. ¿Podríamos aventurar que la Iglesia se moderniza? Si bien los cambios que constatamos reflejan profundas transformaciones de la sociedad, no necesariamente responden a la misma lógica. Por ello ponemos a su consideración algunos ejes que consideramos centrales para entender no sólo el posicionamiento institucional de la jerarquía sino su nueva estrategia social.

El nuevo momento de la jerarquía

El periodo aparentemente monolítico de la jerarquía católica concluyó con las reformas constitucionales al 130 y el restablecimiento de relaciones diplomáticas con la Santa Sede. Desde 1994 a la fecha, aparecen entre los propios obispos posturas cada vez más diversificadas, reivindicadoras de lo local y algunas de ellas en franca oposición. Podemos distinguir tres rasgos básicos de cambio que caracterizan tanto la recomposición como el comportamiento de la jerarquía, estos son:

a) Los obispos wojtylianos. Observamos una nueva generación de obispos que está a la cabeza del episcopado. Es notorio como el perfil del episcopado se ha transformado de hace sólo cinco años a la fecha. Cerca del 90% de los obispos han cambiado; unos han pasado a retiro, otros se han trasladado de diócesis y un buen número han sido designados obispos por el Papa. Entre las nominaciones episcopales de los últimos quince años, las ternas han sido preparadas por el actual nuncio Jerónimo Prigione, quien ha sido el artífice de todo el proceso de recambio. Encontramos ciertas constantes entre los nuevos obispos: a) han sido educados en Roma; b) son personas doctrinalmente ortodoxas y fidelísimas al actual pontificado; c) cuentan con alguna experiencia pastoral; d) han sido rectores o tienen

algún tipo de ascendiente entre las nuevas generaciones de seminaristas y sacerdotes; d) si bien son conservadores, tienen una clara preocupación por la pobreza material de los mexicanos. Es decir, la opción por los pobres ya no es patrimonio exclusivo de prelados progresistas, como sucedió en décadas pasadas; hoy encontramos muchos obispos conservadores que desarrollan labores sociales de diversa índole que van desde tareas asistenciales y caritativas hasta acciones propiamente empresariales, favoreciendo al mundo popular.

b) La presencia vaticana en México. Cada fin de siglo en los pontificados, y particularmente con el decaimiento físico del Papa, los diferentes dicasterios, las congregaciones y burocracias vaticanas adquieren mayor poder, presencia y capacidad de decisión. Los contactos con las Iglesias locales se complejizan, se diversifica y atomiza aún más la red de apoyos; se recrean nuevas alianzas e intercambios con diversos grupos religiosos locales. En México, la presencia vaticana ha sido marcante como en pocos países latinoamericanos. Grandes personajes del Vaticano hacen su presencia en nuestro país, así las influencias del cardenal Alfonso López Trujillo, las del cardenal Joseph Ratzinger y de Martínez Somalo, entre otros, se diseminan silenciosamente en la trama complicada de concertaciones eclesiásticas.

c) El ocaso del nuncio Jerónimo Prigione. De 1985 a 1995, es decir, durante diez años, la Iglesia católica descansó sobre los hombros de monseñor Prigione, quien ha sido uno de los diplomáticos católicos que mejor se ha adaptado a la cultura política mexicana. Desde su llegada a México en 1978, ha logrado afianzarse entre la clase política a lo largo de cuatro sexenios. Ha manejado situaciones "delicadas" como las prevalecientes en su momento en las diócesis de Chihuahua, Oaxaca, Chiapas y el propio arzobispado metropolitano. Desde mediados de los años ochenta, el actual nuncio ostenta la representatividad frente al gobierno. Con línea directa en la Secretaría de Estado del Vaticano, se ha orientado y ha hecho política con la sutileza de un ajedrecista. Por su despacho pasaron los cambios constitucionales que dieron el reconocimiento jurídico a la Iglesia y los expedientes negociadores del restablecimiento de relaciones diplomáticas entre México y la Santa Sede. Monseñor Jerónimo Prigione ha sido no sólo el ejecutor de la estrategia vaticana en México sino que en su actuación ha llegado a desplazar a la propia jerarquía local; se recuerda la cruda disputa sostenida con el antiguo arzobispo, el cardenal Ernesto Corripio. Su protagonismo ha provocado, naturalmente, polos de resistencia y contra bloques al interior de la institución. El actual presidente de la Conferencia Episcopal, monseñor Sergio Obeso, junto con otros prelados, constituyeron un frente "mexicanista" que intentó neutralizar al poderoso nuncio. Ha resultado vencedor frente a secretarios de Gobernación renuentes ante la Iglesia. Su ciclo está declinando desde 1993 cuando fracasa con el caso Samuel Ruiz y es severamente amonestado por la opinión pública mexicana. Ha cumplido 75 años, edad de renuncia eclesiástica, sobre él pesa el canon 401 y enfrenta en la soledad su propio retiro.

La Iglesia y el Estado, su situación actual

En México, uno de los focos discordantes entre la Iglesia y el gobierno de Zedillo es la crítica constante de los obispos al modelo económico seguido por la actual administración.

Fue notoria la disputa abierta que tuvieron los obispos y el presidente en los Pinos, durante la 59 Asamblea ordinaria de la CEM en octubre de 1995. En dicho encuentro, Ernesto Zedillo increpó a la jerarquía por sólo criticar la estrategia económica y no proponer alternativas. El presidente, sin duda, cuestionaba las reiteradas declaraciones críticas de la jerarquía a través de la prensa. Otro momento delicado fue tanto la forma como el apresuramiento con que fue organizada la visita del presidente Zedillo al Vaticano; los católicos se quejaron de la falta de oficio y de las precipitaciones organizativas de un viaje a Europa que privilegiaba la dimensión económica perdiendo la compostura en lo político y lo diplomático. Finalmente la visita al Vaticano fue trompicada y para colmo fue coronada por el "regañón" pontifical que abiertamente Juan Pablo II propinó al gobierno mexicano por los estragos sociales del modelo económico seguido. Lo cual demuestra que la actitud de los obispos no es un capricho local, los vientos críticos vienen desde Roma, de hecho existe en todo el continente una especie de "cruzada" episcopal contra el neoliberalismo y la tecnocracia que viene desde la IV Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM), realizada en santo Domingo en 1992.

La Iglesia católica no es prioridad para el gobierno

A diferencia del gobierno salmista, que otorgó una plaza estratégica a la Iglesia, el de Zedillo no da mayor relevancia ni a las iglesias ni a los asuntos religiosos. Sin embargo, el costo político, hasta el momento, va resultando caro. La administración pasada creyó, a partir de "modernizar" las relaciones, encontrar en las iglesias fuente de legitimidad y de apoyo. En cambio, el gobierno de Zedillo, en dos años, ha mostrado en los hechos escasa voluntad para negociar y relacionarse con las iglesias. Por consecuencia, tenemos por un lado que muchas iglesias evangélicas se han deslindado del PRI y la tutela del Estado, y desde hace más de un año están conformando un partido político confesional. Por otro, la Iglesia católica aumenta su tono y su distancia crítica frente al gobierno. A cinco años de haberse transformado la Constitución, muchas cosas cambiaron para quedar igual; principalmente el carácter, las aspiraciones y los principios, tanto del Estado como de la Iglesia, se mantienen intactos. En sentido contrario, otro polo de controversia ha sido la intromisión del gobierno en asuntos internos de la Iglesia. Insistentemente, el nuncio Prigione se ha quejado de que si el gobierno no admite que la Iglesia se inmiscuya en la elección de los gobernantes, tampoco debería éste, por coherencia, tratar de influir en el nombramiento de los obispos; es una alusión abierta a la clara intromisión, en su momento, de altas autoridades al tratar de influir en la elección del sucesor del cardenal Corripio en 1995. Resumamos, la Iglesia ha sido políticamente más consistente frente al gobierno. Contrasta el lado gubernamental debido a la continua rotación de funcionarios, muchos de ellos con escaso conocimiento técnico de los asuntos religiosos del país, propiciando no sólo la alta dispersión y la ausencia de memoria sino de efectividad estratégica.

El fortalecimiento de Norberto Rivera

Norberto Rivera y la Iglesia católica salieron fortalecidos políticamente después de intensos debates en torno a su homilía del domingo 20 de octubre de 1996. Usando como trasfondo el pasaje del Nuevo Testamento en que Jesús afirma: "Dad al César lo que es del

César y a Dios lo que es de Dios", son tres por lo menos las afirmaciones fuertes que levantaron polémica, éstas son: a) "Cuando la autoridad se sale del marco legal, desde donde puede y debe gobernar, no hay obligación de tributarle obediencia". b) "Podemos concluir que (la Iglesia) puede y debe meterse en política". c) "Y recordando a la autoridad civil que sólo tiene poder para legislar en favor de los derechos y los deberes humanos sin oponerse a los divinos". No encontramos planteamientos novedosos sino tradición de un catolicismo de sabor tomista, que no se resigna a recluirse en lo espiritual y que sostiene que las dimensiones sociales y políticas son inherentes a su quehacer pastoral. El catolicismo, como cualquier religión, contiene en sus entrañas formas específicas de historicidad y de organización social. Tanto el mensaje evangélico, la acción de los cristianos, como el carácter organizativo de la propia Iglesia tienen una dimensión social y, por lo tanto, política. Roberto Blancarte señala con justa razón que: "Ninguna agrupación religiosa vive al margen del mundo o de su entorno social. Así desarrollen un ascetismo extra mundano, las convicciones doctrinales, los rituales y las prácticas de culto de los miembros de todas las agrupaciones religiosas tienen repercusión (por omisión si se quiere) en el medio social en que están inmersos.' Esta ha sido una práctica que rebasa cualquier formalismo legal; la Iglesia en la edad liberal ha tenido la paradoja de poder participar activamente en lo político, con derecho propio en el contexto de la pluralidad, y al mismo tiempo de enfrentar con rudeza la agresividad laica que ha pretendido extirpar a Dios de la sociedad como si fuera un tumor maligno. En el fondo, el verdadero problema de la relación entre la religión y la política es la democracia. Pasa a segundo término comprender si la fe y la política son irreconciliables, más bien lo importante es saber si la democracia es compatible con una religión que ambiciona dirigir la política, como en la Edad media o en los actuales integrismos islámicos; o, por el contrario, el poder político laico que intenta manipular o suprimir lo religioso, como sucedió en las experiencias comunistas o en las dictaduras sudamericanas que demolían todo en nombre de una sociedad occidental cristiana.

La reacción gubernamental que advirtió sanciones al prelado, desató una avalancha de apoyo al arzobispo; quizá, más que simpatía a la postura de Rivera, se desencadenó una reacción que expresaba la preocupación de enfrentar cualquier tipo de autoritarismo oficial o de semilla de intolerancia gubernamental en cuanto a libertad religiosa. En todo caso, existe un vacío jurídico que la crisis evidenció; es urgente contar con una ley y reglamentación nuevas y más completas en materia religiosa que normen y precisen no sólo el comportamiento de las Iglesias sino de la misma autoridad.

Los desafíos católicos próximos

El fenómeno cultural más importante de la sociedad moderna mexicana, en el siglo XX, es el de la secularización. El principal rasgo de la secularización en la sociedad radica en que la religión mayoritaria, el catolicismo, está dejando de ser el factor envolvente y central que otorga sentidos y legitimidades a la cultura. La religiosidad católica se está convirtiendo en un elemento más entre otros, permitiendo que la sociedad se desarrolle e integre con mayor pluralidad no sólo en el campo religioso. En efecto, esta percepción de la realidad escapa principalmente a la militancia y jerarquía católicas que perciben la secularización sólo como una amenaza y no como una oportunidad. El factor religioso

mexicano se viene fragmentado a través de distintas y competitivas ofertas religiosas en un "mercado de creencias" más diversificado y exigente. Hemos insistido en que el mayor reto de la Iglesia católica es la cultura y no la política. Que su mayor desafío se lo juega en el largo y en el corto plazo. Sin embargo, existe una clara tendencia de la jerarquía a inflamar su energía en los ámbitos políticos, porque ahí ha desarrollado su mayor experiencia de acción. ¡En cambio, aunque aparezca paradójico, la Iglesia ha perdido efectividad religiosa!, imputable no a la secularización sino a la pérdida de efectividad pastoral.

La Iglesia católica está en pleno proceso de mutación; en el ámbito internacional se prepara para iniciar un ciclo poswojtilyano; a nivel nacional, se están confirmando los nuevos liderazgos episcopales, perfilándose con fuerza Norberto Rivera Carrera. Pese a politizadas inercias, la Iglesia se ve obligada a dialogar culturalmente no sólo con la competencia religiosa protestante. En el medio popular, la catolicidad deberá enfrentar con mayor creatividad el influjo potente de las sectas. Entre las clases medias urbanas, particularmente el "hedónico" sector terciario, la Iglesia deberá aprender a convivir con el gaseoso New Age y tolerar la elitista y militante posmodernidad religiosa.

En la construcción de una cultura democrática, los mexicanos debemos hacer el esfuerzo de habituarnos a la intervención y participación política de todas las corrientes ideológicas, incluida la católica. En otros países, el tipo de intervención de Norberto Rivera no habría levantado las encendidas pasiones que provocó en México. Sin embargo, no hay que confundir democracia con oposición gubernamental, los obispos han ejercido una presión que si bien se identifica con muchos reclamos de la sociedad, tiene interés y objetivos específicos. Lamentablemente, el peso de la historia, y particularmente la del siglo XIX, dispara diversos atavismos laicos que, bajo la era de la sospecha como la que se vive, impiden un posicionamiento franco de la relación entre la religión y lo político. Las fuentes de poder corporativas del actual gobierno tienden a debilitarse; la sociedad, según parece, tendrá mayor incidencia en la toma de decisiones y en la gobernabilidad a través del voto, la participación, la movilización o la militancia partidaria; las estructuras eclesíásticas se han robustecido y parece que los obispos pretenden revisar su relación e intercambio con el Estado a partir de una nueva correlación. Sin embargo, no debe olvidarse que las relaciones entre la jerarquía y el gobierno deben circunscribirse a las de las relaciones Iglesia-sociedad y Estado-sociedad. El Estado no debería necesitar ni del apoyo ni de la legitimidad de la Iglesia porque ésta viene de la propia sociedad, como tampoco la Iglesia necesita de privilegios para poder desarrollar su misión. En suma, asistimos a un tránsito en que la Iglesia católica está redefiniendo el tipo de presencia social, en donde sus interlocutores centrales ya no son sólo el Estado y los círculos tradicionales de poder.

Colofón

La Iglesia católica mexicana es una institución que, por un lado, es partícipe de la poderosa dinámica de la Iglesia universal que ha impreso el papa Juan Pablo II y, por otro, es portadora de los rasgos de la sociedad en la que se inserta; no es ajena a las particularidades de la cultura política mexicana, con todas sus ansiedades y vicios. A pesar de ello, sería un error metodológico explicar el "laberinto católico" sólo por las variables externas presentes en la sociedad o por las correlaciones internas de los propios actores religiosos. Advirtiendo su heterogeneidad, la Iglesia —una y diversa— tiene una viva sensibilidad de

su identidad, de su irreducible especificidad; en otras palabras, tiene una poderosa conciencia de su propio pasado, de una larga y compleja herencia a la que no está dispuesta a renunciar con facilidad; ostenta, por tanto, una memoria que definitivamente pesa sobre su presente y marca su futuro. "¡La Iglesia es un mundo!", nos advertía nuestro viejo maestro de sociología histórica del catolicismo, Emile Poulat, quien afirma que la Iglesia "registra las repercusiones que recibe de la sociedad donde está presente y de la que forma parte. Aquello que divide a esta sociedad la divide igualmente. Tiene puntos sensibles y puntos ciegos. Ella exterioriza los conflictos a su manera, incluso ella misma puede ser la causa de los conflictos sociales. Debemos descartar —concluye—la imagen de una Iglesia pasiva y receptiva sólo de los acontecimientos, en cambio la Iglesia es sensible y activa"! A pesar de que la Iglesia represente, como muchos afirman, los valores tradicionales y petrificados, ésta vive en el continuo cambio. Los historiadores lo saben muy bien, la Iglesia no niega el cambio, siempre y cuando no transforme el sentido de su esencia y ni de su modelo histórico.

Bibliografía

1. Roberto Blancarte (Compilador). *El pensamiento social de los mexicanos*. FCE, México, 1996.
2. Emile Poulat, *Le catholicisme sous observation*, Le centurion, Paris, 1983.

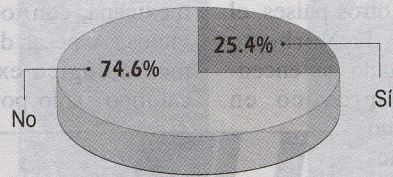
Opinión pública

Migración y trato a indocumentados

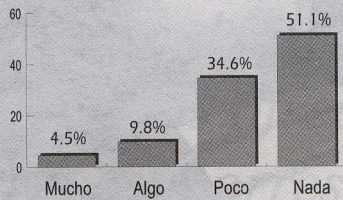
Opinión pública

Migración y trato a indocumentados

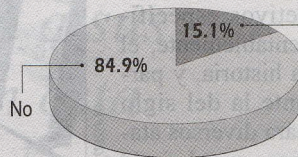
¿CREE UD. QUE EN REALIDAD A EU LE CONVIENE RESTRINGIR EL PASO A LOS TRABAJADORES ILEGALES?



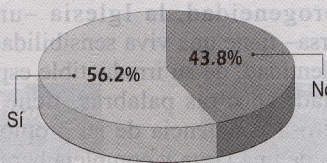
¿CREE UD. QUE LOS MEXICANOS HACEMOS MUCHO O POCO PARA AYUDAR A NUESTROS COMPATRIOTAS EN EU?



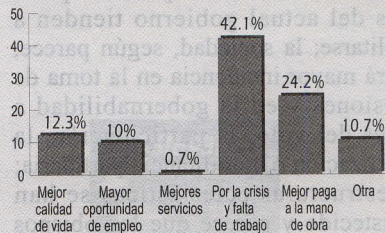
¿SABE UD. DE ALGUNA ASOCIACIÓN, AGENCIA O AUTORIDAD QUE DEFIENDA A LOS MEXICANOS EN EU?



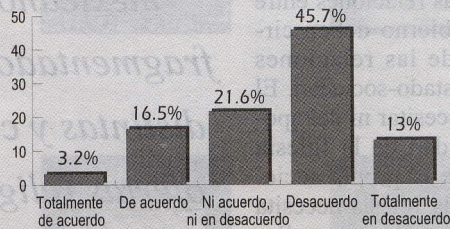
¿CONOCE UD. A ALGÚN AMIGO O PARIENTE QUE SE HAYA IDO A TRABAJAR A EU EN LOS ÚLTIMOS AÑOS?



¿POR QUÉ CREE UD. QUE TANTOS MEXICANOS QUIERAN CRUZAR LA FRONTERA NORTE?



¿ESTARÍA UD. DE ACUERDO O EN DESACUERDO EN RECIBIR A CENTENARES DE ILEGALES CENTROAMERICANOS EN NUESTRO PAÍS?



Vitrina metodológica

Tamaño de la muestra: 430 entrevistas en la Zona Metropolitana de la Ciudad de México a personas mayores de 18 años; **tipo de entrevista:** personal en casa (90%) y por teléfono (10%); **método de muestreo:** aleatorio estratificado con probabilidad de selección proporcional a la población de las delegaciones y municipios conurbados del Estado de México. Se emplearon prefijos y sufixos de números telefónicos aleatorios; **margen de error:** ±4%; **nivel de confianza:** 95%; **levantamiento:** 12-16 de abril de 1996



Alduncin y Asociados
Estudios sobre Valores,
Opiniones, Expectativas
y Mercados